

La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo

Alfredo Rajo *

Sergio Zermeño. *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo.* Prólogo de Alain Touraine. México, Siglo XXI Editores, 1996, 241 pp.

El desastre mexicano de los últimos 15 años tiene explicaciones. La plutocracia, la miseria de millones de mexicanos, la destrucción de pautas de conducta social, los asesinatos con que el sistema ha dirimido sus pugnas por el poder y sus enormes beneficios, la represión a toda forma de rechazo social, la entrega del país a los intereses transnacionales, en fin, la refundación conservadora y decadente que el *salinismo* realiza a nombre de la modernización globalizadora, no es un hecho mágico ante el cual rendirse o adaptarse.

Este valiente libro de Sergio Zermeño nos convoca a repensar el proceso social y político que ha permitido el triunfo del neoliberalismo y la derecha y el mayor retroceso

económico, social y político en la historia mexicana: tanto o más que los condicionamientos de la llamada globalización, el triunfo de los poderosos se realiza sobre la derrota de la sociedad, lograda mediante una larga estrategia dominante de destrucción de toda forma de organización social y política autónoma que pudiera ejercer resistencia.

Tal vez lo más novedoso del libro no sea el exhaustivo y rico análisis de lo vivido en las dos últimas décadas, sino el hecho de que Zermeño se aparta del historicismo y asume el problema de la voluntad y la responsabilidad en la historia. En particular, la de las vanguardias populares y de los intelectuales. Y con ello rompe con la enraizada postura de dirigentes e intelectuales que miran lo que ocurre en la sociedad, y sobre todo a los actos del poder, como fenómenos en los cuales no les cabe responsabilidad alguna.

Cuando Zermeño habla de derrota, adopta la postura metodológica de reconocer que

* Departamento de Política y Cultura. Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

la relación de dominantes y dominados es la de una permanente contradicción en la que las fuerzas de unos avanzan o retroceden frente a las de los otros, que el hecho del poder no se da en un vacío. La preocupación de Zermeño es encontrar las causas por las que la sociedad mexicana fue incapaz de detener la modernización *salinista* que ha destruido los relativos avances de modernidad que se estaban dando en México en cuanto a la gestación de actores sociales autónomos.

Pero el de Zermeño no es un ejercicio de pesimismo que se limite a hacer una "sociología de la decadencia". El autor cuestiona a las corrientes predominantes en las ciencias sociales latinoamericanas, que abandonando las aspiraciones de cambio y "en una reclusión defensiva" se limitan a cuantificar los datos del desastre, y a rendirse frente al estancamiento renunciando a hacerse responsables del "sentido de la historia", a que "la historia está o debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de los hombres y hacia un orden que potencie sus cualidades más elevadas" (pp.41-42). Él, por el contrario, escudriña en las causas de la derrota para encontrar las posibilidades de alternativas y cambio.

Precisamente porque la derrota de la sociedad es caracterizada ante todo por la destrucción sistemática de sus organizaciones autónomas y de todas las formas de intermediación, conduciendo a una profunda desorganización social y anomia, el cambio, para Zermeño, sólo puede producirse consistentemente si se da un proceso de recomposición social, valórica y organizativa con la que conquistar la igualdad y la justicia social.

Y sin ello, es una burla hablar de democracia y democratización, caballito de batalla con que el sistema ha tratado de legitimar este retrógrado orden social. Una sociedad empobrecida, marginada y excluida, sin educación, sin capacidad de organización y sin valores integrativos no puede convertirse en ciudadanía. Es por esa razón que rechaza y critica la frivolidad con que la resignación acaba por convertirse en optimismo frente a las ofertas del sistema, que desde las miras más bajas se termine por comprar el discurso sistémico de la modernización y la democracia, al que los intelectuales y muchos políticos de la oposición contribuyen a reproducir:

El más impresionante aspecto de las ciencias sociales en América Latina desde los años ochenta ha sido, sin duda, esta separación bastante esquizofrénica, pues junto a una postura como la descrita en la "sociología de la decadencia", se ha desarrollado otra concepción radicalmente opuesta y hasta optimista que establece que el escenario regional no está yendo hacia la desintegración, la atomización y la anomia, sino hacia la integración de los excluidos en el mundo del desarrollo y el consumo, experimentándose un "tránsito a la democracia", (pp.44-45)

El libro se concentra en desentrañar y denunciar esta aparente contradicción. La primera parte del libro analiza el desmantelamiento del tejido social que ha dejado las manos libres al núcleo duro del poder (grandes empresarios, transnacionales, burocracia estatal, medios de comunicación, etc.). Éste se ha producido por un doble "vaciamiento".

Un vaciamiento "hacia abajo", que ha ido desplazando sistemáticamente a los secto-

res populares de las alianzas gestadas desde la Revolución y que se expresaron a nivel del Estado. Es a partir de esta modificación del espacio de los sectores populares que Zermeno caracteriza las etapas del Estado mexicano: el "Estado fuerte oligárquico" del porfiriato, el "popular-nacional" con su climax en el cardenismo, el "populista-desarrollista" desde Miguel Alemán a Luis Echeverría, hasta el "paternalismo salmista" (p. 93). El vaciamiento hacia abajo se da, dice Zermeno, no sólo por el autoritarismo estatal sino también por "distintas fuentes de desordenamiento" social. Un conjunto de fenómenos combinados hicieron eclosión con la crisis de 1982, que llevaron a la disgregación y marginación de grandes masas: la presión demográfica del campo a la ciudad en el panorama urbano, una industrialización excluyente, el estancamiento económico y la integración transnacional que destruye al empresariado intermedio y el debilitamiento de los obreros tanto numéricamente como en derechos sindicales, una extendida crisis agraria que afecta a millones de campesinos cada vez más desplazados por la reforma del artículo 27 constitucional, la ruptura del papel de argamasa social que jugó el sistema populista de alta participación apoyado en los recursos petroleros; todos ellos llegan a niveles críticos superlativos en el periodo *salmista* "con un apresuramiento [neoliberal] de pretensiones faraónicas" (p.29), que produjo todavía mayores desórdenes.

Simultáneamente se da un "vaciamiento hacia arriba", caracterizado como "la fuga de las vanguardias hacia las alturas, hacia los acuerdos cupulares, producto de la reforma política" con López Portillo, (p.19) que desde entonces abandonan al movimiento social por la acción parlamentaria, en medio de un

hiperpublicitado juego partidario y parlamentario de una democracia política restringida y cupular de cooptación, que legitima la destrucción de la democracia social y de las organizaciones intermedias, al tiempo que se produce el desmantelamiento de la universidad pública como un renglón fundamental de ingeniería de desconstrucción social y que se gestan nuevas formas de clientelismo directo desde la presidencia (como Pronasol), debilitando también a los órganos de intermediación del espacio público.

La segunda parte del libro trata con detenimiento y con aguda ironía el proceso político e ideológico que facilita el "vaciamiento hacia arriba", particularmente en el periodo del "neoliberalismo incontestado (1982-1993)". Un lugar central lo ocupa la traición de los intelectuales más lúcidos,

gracias a un sistema de cooptación que parece sólo fallar con los locos y los enfermos; intelectualidad reclutada desde todas las tendencias (pero curiosamente sobre todo desde la izquierda), que ha aceptado poner su inteligencia al servicio de este "núcleo duro" [del poder] a cambio de un poder moderado, o nulo poder, y muchísimo prestigio, hecho posible por la publicidad en la prensa, las cámaras de televisión, los premios y tantos otros obsequios que al ser de tan bajo costo, son oro para este sector." (p.95)

Resulta particularmente interesante el modo como Zermeno delinea los nuevos contenidos ideológicos del "neoliberalismo dependiente" a los que adscriben estos intelectuales.

Otro eje explicativo del "vaciamiento hacia arriba" es el de las dirigencias políticas que

han adscrito a la cultura de la concertación cupular para negociar espacios en el sistema, una vez que han aceptado, "por la fuerza de las cosas", "la imposibilidad de la democracia social". Considerando que "la etapa neoliberal o de economía globalizada requiere en forma cada vez más clara de algún tipo de régimen autoritario", Zermeño se pregunta si al no existir una capacidad de organización autónoma de la sociedad y la ciudadanía como sustentos de la democratización, esta participación no legitima o se hace cómplice de un "tránsito al autoritarismo" manteniendo el expediente electoral; de un tránsito electoral al autoritarismo, [en el que] El sistema electoral se vuelve [...] un asunto de alta complejidad y alto costo, una verdadera ingeniería." (p.92)

La tercera parte del libro se sitúa a partir del 1 de enero de 1994 con la aparición del zapatismo y el revulsivo social al que conduce la crisis del país. Ahora, en la etapa del neoliberalismo *contestado*, en la que se hacen oír los silenciados de esos Méxicos que los integrados al modelo pretendieron dar por inexistentes al consagrarse su exclusión, Zermeño se hace preguntas fundamentales.

¿Qué significan —en relación a su hipótesis de derrota de la sociedad— la creciente y diversa movilización social y la aparición de un actor político que con valores políticos distintos adquiere gran legitimidad regional, nacional y hasta internacional, como el EZLN? ¿Pueden ser calificadas como alteraciones pasajeras del orden actual de desorden, atomización y anomia, prontamente destinados a refuncionalizarse como "normalidad"? ¿O significan una ruptura categórica que echaría por tierra las hipótesis del libro?

Zermeño exhibe aquí una poco frecuente combinación entre la seriedad del académico que sabe mirar al mismo tiempo los distintos planos y tiempos del acontecer social, observando continuidad y cambio, con la sensibilidad y el esperanzamiento de quien mira y siente a la sociedad *desde dentro*. Reconoce que se entró a una nueva etapa cargada de posibilidades en cuanto a la reconstrucción de la sociedad, pero advierte sobre los lastres que hay que superar para que ella no sea efímera.

Estos tienen que ver, por una parte, con la necesaria existencia de organizaciones de identidad colectiva con permanencia en el tiempo y con capacidad de representación social y articulación horizontal, que, lamenta Zermeño, no se reconocen en la mayoría de las expresiones colectivas actuales, generalmente coyunturales, de representación de intereses puntuales y cuya capacidad de presión se agota muchas veces en la manipulación clientelar del Estado.

La interrogante de hasta qué punto el zapatismo tenga la capacidad de convocatoria política que permita consolidar un movimiento popular articulado y autónomo a partir de estas manifestaciones sociales diversas y fragmentarias, lo remite a otro de los problemas históricos de México: la tensión entre la autonomía de las organizaciones sociales y la enorme capacidad del sistema para absorberlas enredándolas en prácticas cupulares, clientelísticas y de subordinación, que terminan por escindir a las dirigencias de las masas, dejando a éstas en una frustración recurrente.

El aparente pesimismo de Zermeño acerca de las prácticas políticas es, en realidad,

desconfianza fundada en el arraigo de una cultura política no democrática, de subordinación mágica "al tlatoani", que permea a toda la sociedad, incluida la izquierda. Es este dato central de la historia política mexicana moderna, en que la sociedad es sustituida por los líderes, el que le hace cuestionar el electoralismo con que el neocardenismo, hasta mediados de 1996, participa en las políticas de concertación cupular:

¿Quiere esto decir que la única salida para construir una verdadera oposición en favor de la dignidad y el mejoramiento de la "calidad de vida" de los amplios sectores, es organizando algo parecido a un frente social-popular al margen de la vida partidista y parlamentaria y al margen de las mesas de negociación de la Reforma Política? (p.197)

Más adelante responde:

los acuerdos pactados entre élites sociales y políticas para lograr un sistema electoral más equitativo y mejores espacios para el embarnecimiento de la democracia política, deben ser reconocidos como tareas de la mayor importancia pero sin perder de vista que son continuamente aprovechadas para justificar y fortalecer el sistema dominante y, más importante aún, sin olvidar que tales pactos establecen en la mayoría de los casos una gran tensión con los liderazgos y con los integrantes de las organizaciones y los movimientos sociales llegando al extremo de "vaciar hacia arriba" a sus vanguardias, hacerles perder contenido y abrir escisiones en el mundo de los excluidos; la batalla partidista parlamentaria, tal como se presenta para los partidos social-populares

como el PRD mexicano o el Partido del Trabajo brasileño, desemboca en una tensión insoportable para estas organizaciones, porque las obliga a mantener en un mismo espacio proyectos contrapuestos como son los acuerdos pactados para la limpieza electoral, por un lado, y, por otro, las luchas sociales de los sectores más pobres que terminan a cada momento siendo masacradas por los regimenes neoliberales, crecientemente incapacitados para dar solución a esas demandas y obligados en primer lugar a mantener sus compromisos con los poderes transnacionales (en los próximos decenios, por lo pronto, o pagan la deuda o verán incautado el petróleo por Estados Unidos); las demandas de los movimientos y organizaciones sociales, frente a esto, pasan al último lugar, (pp.228-229)

El rescate de lo social como núcleo de la política, es, para el autor, condición fundamental de reversión de la derrota de la sociedad mexicana y de su capacidad para enfrentar exitosamente "la confrontación central de nuestra época, si no es que la confrontación principal de nuestra época [la que] se establece entre esas fuerzas de la globalización [especialistas en la ingeniería desmanteladora, pulverizadora, de los núcleos duros de la identidad colectiva] y los intentos por mantener o reconstruir identidades colectivas sustentables." (p.231)

La riqueza del análisis de Zermeño abre numerosos espacios de reflexión y polémica. Podrían mencionarse con un sentido crítico tres aspectos que merecen discutirse. El primero tiene que ver con una visión de la relación Estado-sociedad que sigue mostrando visos dicotómicos, con una excesiva

absolutización del Estado como opuesto a la sociedad, olvidando que en algunos casos latinoamericanos señalados en el texto, como Uruguay y Chile, el desarrollo de la sociedad no fue antagónica a un Estado fuerte, sino al contrario. No es en la dicotomía señalada en la que se explica la fuerza social, política y orgánica de los actores sociales. El segundo es que parece de insuficiente valor explicativo el peso que Zermeño asigna demasiado descriptivamente al factor étnico, en cuanto a las diferencias de México con

los desarrollos sociales en otros países latinoamericanos. Y también se antoja discutible la perspectiva del autor sobre los avatares y peso de la izquierda mexicana en las décadas analizadas, a veces por sobre-dimensionamiento y otras por encasillamientos a partir de las vías de lucha.

No sólo porque provoca reacciones, polémica y reflexión, sino por su calidad y seriedad, estamos, sin duda, frente a un libro que es necesario leer.